

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Extracto del libro:
**“Luz en la noche.
El misterio de la fe dado en sabiduría amorosa”**

Nihil Obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*

Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y de los libros publicados: «LA IGLESIA Y SU MISTERIO»
 «FRUTOS DE ORACIÓN»
 «VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: septiembre 2000

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006 ROMA - 00149
C Velázquez, 88 Via Vigna Due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45 Tel. 06.551.46.44

www.laobradelaiglesia.org
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

www.clerus.org (*Santa Sede: Congregación para el Clero*).

ISBN: 978-84-86724-08-5
Depósito legal: M. 17.258-2007

11-7-1974

ME OPRIME EL CÍRCULO DE LA CREACIÓN

Estoy creada para la Eternidad, para la inmensidad inmensa del Ser, para la vida perfecta del Eterno Seyente, para la posesión sin tiempo, sin límites y sin fronteras de la inagotable Perfección.

Dios me hizo para Él, para sus modos y estilos, para sus maneras y formas; para entrar con su entendimiento en la luz pletórica de su luz, en la contención de sus inmensos soles, en la abarcación infinitamente abarcadora de su Familia Divina.

Fui creada para saber a qué sabe Dios en sabiduría de entendimiento sabroso, y en penetración intuitiva de su gozo simultáneo y eterno; para cantar con la Canción que, en infinitud de maneras de ser, el Verbo se es, y entrar en el concierto de sus infinitas perfecciones; para amar con el amor sustancialmente perfecto del Espíritu Santo.

«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman». Pues Dios nos lo ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo sondea, hasta profundidades de Dios.

Bendito sea Dios..., que en su gran misericordia... nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo»¹.

No he sido destinada a arrastrarme por la tierra, sino a vivir en la elevación coeterna de mi Familia Divina. Y yo tengo ansias como eternas de levantar mi vuelo y encajarme en el centro de mi razón de ser.

Por lo que la tierra, y aún más, la inmensidad aplastante del Universo, me resulta estrecha, ¡apretada!; haciéndome aperecibir la sensación de que me oprime en su círculo, de que me encierra en la cárcel de su limitación...; ¡de que no me deja salir de la finitud de sus murallas! para volar a la libertad libre, a la posesión sin límites, donde no existen fronteras, donde nunca hubo un principio y no existirá el fin, y donde se respira con los pulmones del espíritu, abiertos en anchurosidades inmensas, en la posesión del Inmenso Ser en su serse de por sí El que se Es, sin necesitar de nada ni de nadie, de tiempo ni de lugar...; ¡allí! donde Él se es todo cuanto puede ser y cuanto pudiera necesitar, en un acto simplicísimo de subsistencia infinita de vida trinitaria. «Fuera de Ti ¿qué tengo yo en el Cielo? Y si estoy contigo, no me deleita la tierra. Se consumen mi carne y mi corazón por Dios, mi lote perpetuo»².

¹ 1 Cor 2, 9-10; 1 Pe 1, 3-4.

² Sal 72, 25-26.

A veces, al sorprender las exigencias de mi espíritu y las apetencias de mi pobre ser, yo misma me quedo perpleja, con miedo de expresar mis sentimientos. Porque, ¿a quién podré decir que me resulta pequeño el Universo, que me oprime la limitación de sus fronteras y que me encierra el apretamiento de su contención? ¿Cómo manifestar que me siento oprimida y como encerrada ante la contemplación de la inmensidad del mar, ante la plenitud y exuberancia de los bosques, con necesidad de dar un salto y salirme, liberándome de todo lo que es creado, y encontrar la libertad sólo en la mansión infinita del Infinito Ser?

¡Gracias, Señor, de que vivas en Ti mismo sin mansión, sin límites y sin fronteras...!

¡Gracias de que Tú seas en Ti la Eternidad y la Posesión, la Llenura y la Inmensidad; de que tengas en Ti el poder de ser te lo que te eres, sin que en Ti exista un principio, sin que te controle un fin, sin que te abarque nada que no seas Tú mismo en tu eterna y perfecta abarcación...!

¡Gracias, Señor, por hacerme experimentar, en el círculo circunscrito de la creación, la necesidad eminente de mi cercana liberación...!

¡Gracias por hacerme semejante a Ti, infundiéndome la innecesidad de cosas, que Tú tienes para ser te lo que te eres...!

¡Gracias, Señor, por esta experiencia como de claustrofobia que siento en la tierra por el encerramiento que experimento ante la opresión de todas las cosas, que aprisionan mi alma creada para la Eterna Perfección...!

Todo en la tierra se me queda pequeño; todo aumenta mis congojas, oprime mi liberación y corta el vuelo de mi ascendente carrera.

A veces siento miedo de expresar mis vivencias, porque la comprensión del hombre también está encerrada en el límite de su pequeño entender. Y ¿cómo decirle las torturantes apetencias de mi corazón, ansiando y buscando la liberación de la cárcel en que me tiene encerrada la creación? ¿Cómo descifrar, a los que viven subyugados por la inmensidad pletórica del Universo, mis sentimientos frente a él?

¡Si los hombres supieran lo que son para mi mirada espiritual todas las criaturitas en su diversidad de especies, en su plenitud de belleza, reflejos todas de la Infinita Perfección...! ¡Si los que me acompañan en mi peregrinar por la tierra percibieran el concierto que, en su exuberante explicación, yo intuyo en todas las criaturitas...!

Porque todas y cada una de las cositas creadas por Dios encierran en sí y manifiestan al alma que disfruta del don de ciencia, cómo son reflejo, no sólo del Ser en su diversidad de infinitud de matices, sino también de las divinas Personas en su modo y manera personal. Pues, cuando el hombre penetra hondamente la creación, descubre en ella la mano del Ser viviente, que, derramándose en sabiduría, la hizo expresión cantora de sus maravillosas perfecciones, siendo todas

ellas manifestación de su concierto eterno. Y tanto la creación entera, en la inmensidad de su conjunto, como cada uno de los átomos más pequeñitos, contienen en sí, en su modo, forma y estilo, la sabiduría del Padre, la expresión del Verbo y el amor del Espíritu Santo.

Dios tiene posibilidad de crear inmensos mundos en diversidad de maneras, modos y estilos. Porque Él es grande, no por lo que nosotros vemos que ha hecho, sino por la posibilidad que tiene, no sólo de ser, sino de hacer criaturas y cosas. Y cuando, en su mente divina, se volcó sobre las criaturas que, dentro de su posibilidad de crear, Él quiso que existieran, la sapientísima sabiduría del Padre se derramó sobre ellas, haciéndolas imagen de su Palabra cantora con el Verbo, y siendo realizadas por el amor coeterno del Espíritu Santo.

Por la voluntad del Padre, en la expresión del Verbo, y por el Amor personal de los Dos, que es el Espíritu Santo, Dios realizó, en un derramamiento de su esplendor, la magnificencia magnífica y esplendorosa de la creación. Y por eso, a todas las criaturas «vestidas las dejó de su hermosura»³, conteniendo en sí cada una de ellas la riqueza pletórica de la canción del Verbo; y apareciendo, ante la mirada espiritual del que posee a Dios, tan rica la realidad sencilla de la hojita de un árbol, como la inmensidad aplastante de toda la contención del Universo. Porque Dios está en esencia, presencia y potencia dando su hálito de vida a cuanto es, y manteniendo en su existencia a cuanto existe.

Pero el alma del hombre, creada con capacidad de poseer al Infinito, ansía remontar su vuelo a la posesión del Eterno Seyente, que se es de por sí; estorbándole todo cuanto intente aprisionar su libertad o cortar su vuelo en ascensión delirante hacia la Eternidad.

Hoy mi alma se siente llena en necesidad de repleturas del Eterno Seyente. Clamo irresistiblemente por Él, y expreso como puedo los sentimientos, las necesidades, las apetencias de mi corazón, que, desbordadas, buscan la libertad del País de la Vida; esperando día tras día en mis ratos de Sagrario, junto a las puertas anchurosas de mi Eternidad en la tierra, la hora de mi total liberación.

Vivo tranquila y espero. Pero mi esperanza, a veces, se hace tan vehemente como la necesidad que Dios ha puesto en mí por poseerle, como la urgencia que mi espíritu, creado por Dios, tiene de vivir sólo del que se Es, y con Él y por Él, en la posesión más o menos saboreable de cuanto Él quiera darme.

«Mi alma te ansía en la noche, y mi espíritu en mi interior madruga por Ti»⁴.

¡Qué hermosa es la creación inanimada, hecha por Dios para la manifestación de sus perfecciones...! Pero ¡qué inmensamente más grande y más trascendente es el alma del hombre, que tiene impresa en sí la necesidad subyugante de vivir del Increado; y que fue creada para palpitar, en su vivencia real, al unísono con el corazón de Dios, entrando en la comunicación de su vida y viviendo, en la medida de su capacidad creada y finita, del mismo Infinito...!

³ San Juan de la Cruz.

⁴ Is 26, 9.

¡Qué grande es cuanto tengo, qué inmenso cuanto espero, y qué necesidad más apremiante la de mi pobrecito ser de conseguir cuanto ansío...! Porque he sido creada sólo para Dios, y sólo con Él y por Él, encontraré el gozo pletórico y acabado de la perfección que añoro.

Por eso, Señor, el día que te encuentre en la luz luminosa de tus eternas pupilas, lo tendré todo en Ti, para siempre, ¡para siempre...!, en la posesión perfecta de tu ser y en la llenura completa de cuanto apetezco.

Gracias, Señor, por haberme hecho semejante a Ti, para vivir por participación en la saciedad perfecta de tu infinita capacidad.